

Mar del Plata cuenta su historia

Trabajos producidos en el marco del Taller de escritura "Pintá tu Aldea"



Relatos

Compilado por Bibiana Ricciardi



**Buenos
Aires
Provincia**

Índice

Prólogo , <i>por Bibiana Ricciardi</i>	3
El poni de la montura mágica , <i>de Andrea Busch</i>	4
El monstruo , <i>de Melisa Fernández</i>	7
La foto del verano , <i>de Ian Roubicek</i>	9
Castillos de un solo día , <i>de Virginia Hussonmorel</i>	10
La mejor foto del viaje , <i>de Fabían André</i>	12
Varese , <i>de Amalia Rojas</i>	13
Instrucciones para chapuzar una ola , <i>de Rocío Belén Suárez</i>	14
Instrucciones para andar en bicicleta , <i>de Eugenio Herrera</i>	16
Instrucciones para vestirse en La Feliz , <i>de Andrea Busch</i>	17
No tengo que decirle mentiroso <i>de María Silvia Olveiro</i>	19
Un aplauso para el perdedor , <i>de Ian Roubicek</i>	20
Por un pelito , <i>de Fabían André</i>	21
Bajo la rambla , <i>de Amalia Rojas</i>	23
Ese sabor a sal , <i>de María Silvia Oliveros</i>	25
Terminal , <i>de Rocío Belén Suárez</i>	27
Los lobos marinos ¿eran de piedra? , <i>de Sara Noemí Mendiara</i>	31
Médano , <i>de Eugenio Herrera</i>	32
Güemes , <i>de Rocío Ruiz</i>	33
La Perla , <i>de Amalia Rojas</i>	35
Vintage , <i>de María de la Cal</i>	37
Barrio "La Florida" (Mar del Plata) , <i>de Sara Noemí Mendiara</i>	38
La casa , <i>de Silvia De Vito</i>	42
El teatro marplatense , <i>de Ian Roubicek</i>	43
Él , <i>de Silvia De Vito</i>	44
La cama elástica , <i>de Ian Roubicek</i>	45
Un día distinto , <i>de Juan Ruiz</i>	46
Pasar factura , <i>de Ian Roubicek</i>	48

Prólogo

Pintá tu aldea es un proyecto narrativo que parte de la premisa de Tolstoi: pintá tu aldea y pintarás el mundo. Las sociedades no se hubieran conformado como tales sino hubieran sabido contarse. La narración nos permite elaborar un ser posible, una identidad colectiva que conformamos a partir de relatarnos. Así fue como pusimos a marchar esta textura colectiva en Mar del Plata.

Una tarde de uno de los últimos días del mes de noviembre, cuando faltaba casi nada para que terminara el 2018, un grupo de vecinos de la ciudad se acercaron hasta una pequeña biblioteca, en un gran teatro, junto al inmenso mar. De a uno fueron colmando el espacio, forzando los límites de una mesa rompecabeza hecha de piezas de escritorios que sumaron sus lomos para permitir el milagro. Como maestra de ceremonia, la bibliotecaria los ubicó, sin que su manos lograran esconder la sorpresa: los escritores voluntarios eran muchos más que el número imaginado. Llegué justo cuando casi no quedaba espacio, me tocaba la feliz tarea de tirar los hilos para que cada uno eligiera el que mejor le sentara. Así, semana tras semana, fuimos tejiendo las tramas que hacen a esto que tenés en tus manos: un libro que emprende la tarea de contar una ciudad inenarrable. Puro mar, arena y viento. Frío, sol y calor tórrido. Edificios que se atreven a retar al mismo cielo, casonas maduras en su belleza solemne. Parques, plazas, elevaciones. Niños de colegio, profesionales apurados, turistas distraídos, artistas soñadores, aviadores, deportistas, narradores, como estos vecinos mismos que escriben retazos, los cosen entre sí y presentan esta manta para que te abrigues durante el invierno, mientras conocés a esta ciudad de Mar del Plata, que late con el frío y brilla con el sol.

Bibiana Ricciardi

Escritora, periodista, realizadora audiovisual,
dramaturga, docente.
Coordinadora del taller Pintá tu aldea.

El poni de la montura mágica

Andrea Busch

En un castillo incrustado entre los Pirineos, tres hermanos se encontraban rodeando el lecho de muerte de su anciano padre. Apenas fallecido y realizado el funeral, el hermano mayor tomó posesión de la herencia, conforme a las leyes de la época. Dispuso que el segundo hermano, que ya había formado una familia, pudiera disponer para su uso la vivienda del casero y las tierras aledañas. Al hermano menor le legó en cambio el viejo poni con el que los tres habían aprendido a cabalgar en su infancia. El joven se alegró, ya que le tenía gran afecto al viejo animal, pero no pudo evitar preocuparse sabiéndose sin vivienda ni bien alguno para sobrevivir.

A la mañana siguiente del entierro del padre se alejó del castillo con su poni de la brida, pensando por dónde empezar a encaminar su vida. Luego de una pronunciada curva se divisaba un valle. El poni se detuvo. En vano fueron los intentos de su amo por hacerlo caminar. Cuando el joven se acercó el animal le dijo: ve y consigue una montura, la mejor que puedas. Tráete también unas bridas y espuelas. Yo te espero aquí, confía en mí.

El joven desconcertado observó hacia todos lados. No había nadie, indudablemente era el poni el que había hablado. A lo lejos divisó una posada. Seguramente allí conseguiré lo que me pide, pensó, y se dirigió presuroso hacia ella. Al entrar vio a la venta varias monturas, y compró la mejor de todas. Deshizo el camino hasta donde el poni lo esperaba. Colócamela, le indicó el animal. Apenas ensillado dio una sacudida y ante los ojos del aturdido muchacho apareció un brioso cordel. Móntame, le ordenó

aquel. Comenzaron a galopar a gran velocidad, atravesando valles, montañas y pueblos hasta llegar a orillas del mar. El jinete se dejaba llevar. Fue entonces donde sucedió lo más asombroso, porque del lomo del animal se desplegaron un par de alas y así convertido en Pegaso atravesó el océano con su amo.

Un día y una noche cabalgaron. Al amanecer llegaron a unas tierras donde el verde se extendía como otro mar. Apenas unas sierras interrumpían la planicie infinita. El viento silbaba entre los pastizales. Se detuvieron a descansar, el caballo a pastar, el hombre a comer de las reservas que llevaba en su morral, mientras se preguntaba una vez más qué haría con su vida. Y una vez más, el animal habló. Déjame a mí. Eso sí, bajo ninguna circunstancia dejes que me saquen la montura. Una vez recuperados continuaron camino. Un sendero circundado por árboles los llevó hasta una amplia casona rodeada por un bello jardín. Un poco más allá se divisaron los campos de cultivo. Una suave brisa les acariciaba la piel. El caballo se acercó lentamente a la entrada principal, con su amo erguido en su lomo. Las puertas se abrieron dejando paso a una señora bastante mayor que estrujaba sus manos en un delantal. ¡Adelante, señor, que lo estábamos esperando!, exclamó. No era su idioma, pero lo entendió y le habló. Ya lo has oído, murmuró el animal, ve con ella. Es tu lugar, ya sabrás qué hacer.

Con el transcurrir de los días el joven se acostumbró a esa nueva vida. Administraba los campos con pericia, y era considerado con el personal, con lo que rápidamente se ganó su afecto. Era muy aficionado a los caballos, especialmente a aquel con el que había llegado de tan lejos, y por ningún motivo dejaba que alguien más cuidara de él.

En ocasiones salían el hombre y su caballo a recorrer los alrededores. Así conocieron a unas gentes que vivían en tolderías. Eran de piel oscura y hablaban otro idioma. El joven acostumbraba a llevarles provisiones y a cambio recibía de regalo alguna montura de cuero o botas de potro. Era gente pacífica, aunque desconfiada. Otras veces hombre y caballo galopaban hasta el mar y jugaban a saltar las olas.

Pero un día llegó el ferrocarril. Las vías se extendieron como una gran serpiente atravesando los campos. Construyeron un galpón donde sería la estación. Los habitantes de las tolderías debieron dejar su territorio o serían atropellados. Se decía que el mismísimo General Roca iría a la inauguración. Lo acompañaban sus tropas, y a su paso no quedaría indio vivo. Que así los llamaban a la gente de rostros oscuros.

El hombre se encontraba preocupado, no quería que nada les pasara a sus amigos. Una vez más fue el caballo el que trajo la solución. Esa noche se alejaron con el pretexto de ver la luna llena y hablaron largo y tendido. El joven regresó solo y a pie, el animal partió al galope.

A la mañana siguiente el General Roca y sus tropas visitaron la estancia. Les llamó la atención las hileras de hombres agachados trabajando en los sembrados, las mujeres con sus rostros vueltos hacia el fuego preparando la comida que luego fue servida por unas lindas criollas de pelo trenzado. Al atardecer los visitantes se despidieron, no sin antes elogiar lo laborioso de esa gente. Se ve que los tiene con mano dura, comentó, sino no quieren trabajar.

Una vez que la polvareda se diluyó en el camino todos se juntaron en torno a un fuego, incluso los niños que estaban reclusos en los patios interiores. Hasta tarde sonaron las guitarras y los cantos en esa extraña lengua que al joven fascinaba. Por esa vez, los indios Tehuelches se habían salvado de espadas y fusiles.

Tiempo después el hombre y su caballo jugaban a desafiar las olas del mar cuando una corriente los arrastró aguas adentro. Ya se daban por perdidos cuando el animal emitió un largo relincho. Déjate flotar, indicó a su amo, ya vendrán por nosotros. Y así fue que de entre los médanos aparecieron a gran velocidad los Tehuelches que internándose en el mar lograron salvarlos. El joven se deshizo en agradecimientos. Ahora estamos a mano, fue la respuesta.

Pasaron los años y el caballo se hizo viejo. Un atardecer su amo lo vio recostarse en la caballeriza, cansado. Para que estuviera más cómodo decidió sacarle la montura. Ya te mereces descansar y que sea yo el que te cuide, viejo amigo, le dijo mientras acariciaba sus crines. El animal no se resistió. Al amanecer un feo presentimiento llevó al hombre a verlo apenas hubo un poco de luz. Ahí, sobre la paja, yacía muerto su viejo poni.

El monstruo

Melisa Fernández

Es agosto, es lunes y no es feriado. En la pantalla del celular leo: ¿venís a comer? Respondo, sí, aun sabiendo que de ese plato de comida me separan 4.2 kilómetros, tres avenidas, dos colectivos o una larga pedaleada con viento en contra. Combino caminata y transporte público.

Mi punto de partida es Peralta Ramos, una vena hinchada y resquebrajada en la mitad de la ciudad, la hermana que Independencia no le quiere presentar a las visitas. La camino desde uno de sus extremos, a la altura de Fortunato de la Plaza, para los amigos, la 39.

Voy por la vereda a la que no le llega el sol. El primer tramo: almacenes de barrio, gomerías, talleres mecánicos, estaciones de servicio y panaderías. El corte es Vértiz, ahí algo termina, pero también otra cosa empieza. Carnicerías, locales de ropa, repuestos de autos y al menos dos funerarias, con sus respectivas florerías. Esta avenida me recuerda a otra que se llama Jara, en honor a un doctor. A las dos siempre las están arreglando, pero a las dos también se les descubren siempre las mismas cicatrices.

Al fin llego al sol que es Juan B. Justo, la separación de las siamesas, la esquina donde la ciudad se tuerce. Ahí espero hasta que aparezca uno de los azules, puede ser el A o el B. Los dos conectan dos periferias que conozco muy bien, los dos traen el puerto en la piel y me lo instalan en la nariz.

Los trabajadores de las fábricas, los que ven la ciudad levantarse antes que nadie, los que escuchan la FM Sur todas las tardes para saber dónde se necesitan cocheros, depostadores, fileteros, son mis compañeros de viaje. Los identifico fácil y rápido, son

los que están al fondo, los que van dormidos, los primeros en subirse al principio del recorrido, cerca del mar y de los lobos.

Se libera uno de los asientos dobles y lo ocupo. Al lado mío, unas manos que trabajan en el frío rodean una cartera con muchos bolsillos. El cuerpo que le pertenece a esas manos se balancea de un lado a otro, entre el sueño y la vigilia. ¿A qué hora se habrá levantado? Me pregunto. Quiero cuidarle la siesta, pero se sobresalta en las vías del tren que atraviesan Juan B. Justo casi San Juan, sacude la cabeza como si despertara de una pesadilla.

Sigo sin desvíos un recorrido que me lleva a algún fondo, pero antes de llegar ahí, me empieza a crecer un temblor en el cuerpo. Es como una bestia que va aumentando de tamaño a medida que el 63 avanza en línea recta por la avenida. Tocará cruzarme de nuevo con ese monstruo que custodió la niñez, pero que hace algún tiempo me dejó ver su peor cara.

En las rotondas la velocidad siempre crece, son los tramos finales de una etapa del trayecto, se adivina a lo lejos la silueta de aquel animal descomunal. Es Tres Arroyos donde me levanto para tocar timbre y el corazón ya es un adolescente que hace lo que quiere dentro de mi pecho. Una vez abajo, trato de ignorar lo que la mirada periférica ya encontró, no se la puede engañar, captó todo lo que la rodea, una postal que se sabe de memoria. Aunque quiera hacer de cuenta que no hay nada, el grandote de cemento que tengo en frente es como un elefante en la habitación. Si viniera con alguien que jamás visitó estas tierras, en cualquier idioma que hablase, el extranjero preguntaría: “¿qué es eso que hay ahí?” y yo zanjaría el asunto diciendo: un hospital. Aún sabiendo que esa definición no le hace justicia, porque él es mucho más que eso.

Cruzo y voy en dirección contraria, le doy la espalda, aunque lo que siento es que me lo llevo puesto en el lomo, como una roca pesada. Encaro Juan N. Fernández, la calle que lleva mi apellido, una arteria corta que empieza en hospital y termina en departamento de zoonosis. Seis cuadras eternas sin asfaltar, aunque en los papeles diga otra cosa. Camino movida por la urgencia de tomar distancia, también por el hambre y la ansiedad. Siempre voy del lado izquierdo y nunca por las veredas, acá se camina por la calle, es sabido.

Peluquería, almacén, verdulería, casas. Una salita de emergencias que ya no funciona, un colegio con sus paredes dibujadas, guardapolvos blancos y gritos. A poco menos de dos cuadras vislumbro mi destino, con claridad puedo ver su vereda y la ausencia del cantero de piedra. Viajo a una imagen: éramos cuatro arriba suyo, un cantero que pocas veces tuvo flores, pero sí pasto, un punto de encuentro para todos los que jugábamos a la escondida en la cuadra. Llego a la casa y abro la puerta siempre sin llave. La ventana entreabierta permite que el viento mueva la cortina y desde ahí vuelvo a contemplar la vereda, otra perspectiva. Recuerdo: en la foto todos mirábamos hacia el fondo de esa calle, veíamos de frente al monstruo que nunca nos había dado miedo.

Ahora no puede engañarme, ya sé que traga gente y nunca la devuelve.

La foto del verano

Ian Roubicek

La única diferencia es que no tenemos las fotos pero todo lo demás fue igual. Es cierto que en ausencia de esa documentación, en parte, las cosas no ocurrieron. Pero no es menos cierto que hicimos castillitos de arena, nos revolcamos con las olas, atajamos sombrillas voladoras y paseamos entre los lobos de la Bristol. Pero sin fotos.

Los marplatenses tenemos recuerdos pero no fotos de vacaciones junto al mar. No había teléfonos de selfie y no andábamos con la máquina de fotos en la mano retratando amaneceres, ni barrenadas intensas de olas orilleras, ni pororó pororó, ni barquillos, ni pirulines. Pero, como todos, usamos y disfrutamos de cada verano de nuestras vidas con la naturalidad de quién lo tiene incorporado, del que no tiene que viajar para atraparlo.

También anduvimos en los kartings de la Plaza Mitre, en los cisnes del Parque Camet, arrancamos cortaderas en las lagunas de Mogotes, llegamos hasta la punta de la Escollera Sur atravesando el olor a lobo, vimos lanchitas amarillas, comimos los mejores helados, y nos rostizamos en la playa.

Es verdad, no hay fotos de balnearios ni sombrillas. Pero nuestros mares y nuestros castillitos de arena no caben en una diez por quince.

Castillos de un solo día

Virginia Hussonmorel

El cartel en la ruta 2, anunciaba que pronto llegarían a Mar del Plata. Marcela viajaba a la ciudad balnearia con sus tres hijos.

- ¿Llegamos mamá?

- Sí, mis amores, ya comenzaron nuestras vacaciones.

El micro llegó a horario a la terminal. Ansiosos bajaron, Marcela los observaba mientras retiraba el equipaje, en la carita de los chicos se reflejaba la alegría, no dejaban de reír y conversar.

Al llegar al hotel, los recibió el conserje que muy serio le preguntó:

- ¿Cómo se portarán estos niños?

- Muy bien, como todos los niños. Contestó sonriendo Marcela y se dirigió al ascensor.

La habitación era cómoda y agradable.

- Mirá mamá desde el balcón se ve el mar ¿vamos?

- Sí- le contestó.

Cambiaron su ropa por la de playa, los tres lucían short de baño de colores brillantes, “así será más fácil ubicarlos” pensó Marcela. Preparó la mochila y emprendieron camino a la ansiada playa.

Con baldes y palitas plásticas Alan hizo un hermoso castillo de arena con torres y calles. Lo adornó con caracoles que encontró en la playa. Mateo hizo lo mismo pero usó cartones y ramitas, y el más pequeño lo hizo con piedritas que juntó en el camino. Marcela los observaba recostada en la arena sobre su lona azul que estrenaba ese verano,

sonreía y pensaba: “parecen arquitectos”. Los tres iban y venían a tomar gaseosa, comer galletitas, estaban muy felices en su primer día de playa.

De pronto el cielo se cubrió de nubes grises, como suele ocurrir en Mar del Plata.

-Chicos vamos a ir juntando las palitas para regresar al hotel, creo que pronto lloverá -las caritas se entristecieron-. Mis amores, mañana cuando salga el sol volveremos, no estén afligidos, quedan muchos días para disfrutar. Con pocas ganas juntaron todo y llegaron al Hotel.

El día siguiente amaneció hermoso con sol a pleno, el viento de la noche se había llevado la tormenta bien lejos. Después de desayunar salieron a disfrutar del hermoso día. En el camino comentaban y reían, al llegar a la playa ansiosos corrieron a buscar los castillos que habían construido con tanto trabajo el día anterior. Pero, como el mar no perdona, con el ir y venir de las olas los castillos habían desaparecido.

-Mamita no están - gritaron al unísono.

El único que conservaba sus formas era el de piedras que construyó el más pequeño.

-No estén tristes -les dijo-, este castillo lo hice para los tres.

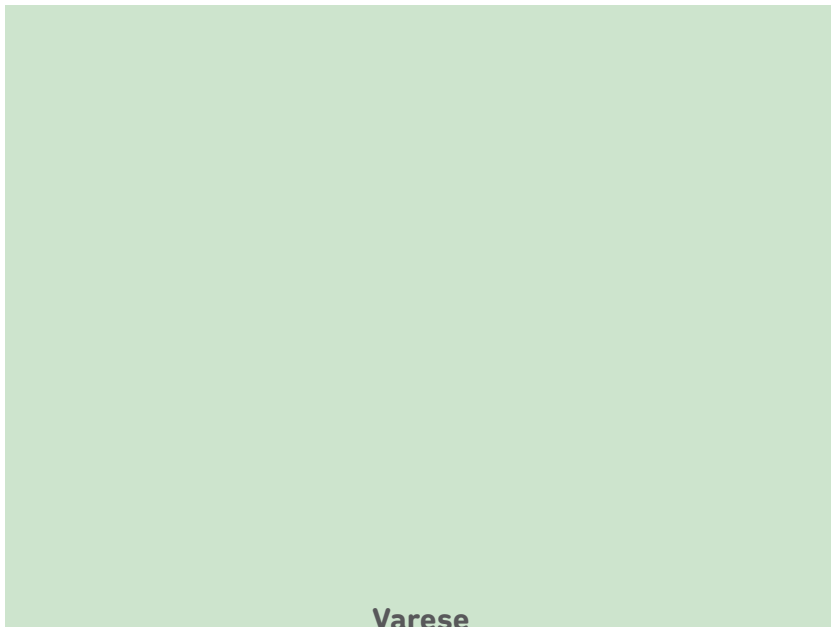
Marcela cuando vio lo que sucedió corrió hacia ellos los abrazó amorosamente y los cubrió de besos. A partir de ese momento construyeron los castillos de arena más hermosos de la playa, eso sí, eran de un solo día.



La mejor foto del viaje

Fabián André

Viajaron desde muy lejos. Todo lo que les habían prometido conocer no les interesaba en absoluto. No querían ver ni las famosas cataratas, ni las montañas nevadas ni el mar. Pero cuando el viaje ya casi iba finalizando y el aburrimiento los perseguía día tras día, el milagro sucedió. Esa mañana, sin mucho entusiasmo, los siete se pusieron sus mallas y después de que ella los embadurnara con el protector solar salieron rumbo a la playa. A pasos de llegar no hubo ninguno de los siete que no se quedara paralizado repentinamente. En frente tenían lo que no habían imaginado ver jamás, ahora sí la felicidad parecía estar al alcance de la mano. Los siete, sin pensarlo, corrieron a los gritos y comenzaron a trepar desesperadamente a esos dos famosos lobos marinos de piedra. Para ellos era casi una misión imposible, por eso Nieves no tuvo más remedio que ayudarlos a subir para que ninguno cayera en el intento y todos pudieran salir en la clásica foto de turista.



Varese

Amalia Rojas

Una vez más desobedeció a su mamá. Bajó por la Avenida Colón y llegó a Varese con su canasta. Guardó con cuidado su ropa. Extendió su capa y se puso a tomar sol con su bikini roja, hasta que viniera a buscarla para nadar. El lobo marino no era tan feroz como el del bosque.

Instrucciones para chapuzar una ola

Rocío Belén Suárez

Por línea general chapuzar una ola requiere entrar en el mar al menos a la altura de los muslos. De otro modo se corre el riesgo de darse de bruces contra la arena del fondo y rasparse las partes. Esto, que puede parecer la cuestión más sencilla del asunto, es en cambio una de las más complicadas; especialmente si hablamos de la costa marplatense, pues bien conocida es por las bajas temperaturas de sus aguas.

Dado este obstáculo, hay dos formas de proceder. La primera es la que eligen los menos arriesgados, los conservadores y, prácticamente, todos los cobardes: entrando poco a poco. Esta técnica consiste en comenzar poniendo un pie en el agua, e inmediatamente después el siguiente. Solo cuando estos se han acostumbrado al frío, seguir adelante, dos o tres pasos. Después de que las olas espumosas besan las rodillas varias veces, volver a avanzar algunos pasos. Finalmente, cuando se alcanza la profundidad esperada y la fuerza de las olas comienza a regar las zonas más sensibles del cuerpo, dar el paso final: hundir todo el cuerpo.

Los niños, los aventureros, los ansiosos y, en general, todas las personas de sangre caliente eligen la segunda opción: En primer lugar, es necesario observar el mar. Es un buen momento para reflexionar sobre la brevedad de la vida y la necesidad de actuar antes de que sea demasiado tarde. Luego es importante inhalar profundamente, tal como puede hacerlo un profesor de yoga (incluso aunque nunca se haya practicado tan noble disciplina). Finalmente: correr. Correr con la fuerza de quien escapa de la muerte, o de una suegra enojada. Correr y saltar las olas pequeñas, saltarlas como cuando en el recreo se jugaba al gato y al ratón sobre la cuerda. Correr y gritar, si es necesario.

Gritarle al miedo que lo hemos vencido. Y cuando se aflojan las fuerzas, y se ve venir una ola grande, gigante, como un abrazo ineludible, cerrar los ojos y meter primero la cabeza y luego todo el cuerpo. Entregarse. Entregarse a la ola mientras se escucha el rugido ensordecedor de la rompiente atravesándonos como un terremoto.

Instrucciones para andar en bicicleta

Eugenio Herrera

Para recorrer distancias medias disfrutando del paseo por bosques y playas, usted puede para evitar fatigarse en exceso, montar sobre ligeras máquinas accionadas a través de las piernas. Deberá empujar aleatoriamente dos palancas unidas en el centro, permitiendo esto que al empujar una hasta el extremo más lejano, la otra se acerque quedando en lo alto, dando lugar a un movimiento circular, dado que al quedar esta arriba prácticamente obliga a empujar hacia adelante. Esto lo hará sentado en un pequeño asiento cuasi triangular, al que (y acá viene la parte más compleja de este asunto) deberá subir de un salto, luego de pisar una de dichas palancas, restando solamente conservar el equilibrio.

Instrucciones para vestirse en La Feliz

Andrea Busch.

Si amanece usted en Mar del Plata, al despertarse puede que llueva, puede que haya sol, puede que haya viento. Fíjese asomado a la ventana. Solo después de sorber el primer mate o tomarse un café con leche y medialunas atrevase a mirar el pronóstico meteorológico. Seguramente no coincide con lo que usted está viendo, dice que llueva y usted ve el sol, o viceversa. No se preocupe que tarde o temprano el pronóstico tendrá razón, y usted también. Todo es efímero en La Feliz.

Si va a andar por la costa puede elegir un traje de baño como ropa interior, por si le tienta un chapuzón. Un ingenioso productor local ha diseñado unos de secado rápido, como las toallas, vio. A continuación, póngase una musculosa de abrigo. Sí, entendió bien, musculosa de abrigo. En el shopping de la playa venden unas que se adaptan a cualquier clima, cómprela allá. Ahora sí, ya vaya poniéndose el pañuelo o echarpe al cuello, que después con el viento no va a poder ni hablar. Dicen que un ingenioso productor local ha diseñado unos que al meterse al agua con solo apretar un dispositivo se abren como salvavidas; y uno un poco más caro tiene también barrenador.

Una vez que se ha puesto lo elemental elija un pantalón liviano y le conviene llevar también uno frisado por si acaso. No importa si es verano como alegrará usted, acá todos los días es invierno un rato. Si es mujer y quiera lucir unas coquetas polleras, esta debe ser muy ajustada o el viento le jugará una mala pasada, y mire que hay por acá muchos tiburones, como comenta mi vecino. Dicen que un ingenioso productor local ha diseñado unas faldas con varillas que la sujetan a las piernas en varios tramos, para evitar el papelón. Estas las venden en la playa, porque se adaptan también como

sombrillas, mire qué práctico. Ya no le faltan más que un par de remeras, manga corta y manga larga, bucito liviano, rompevientos y encima de todo la campera impermeable, forrada en polar y con capucha. No olvide ponerse también una gorra con visera, hay unas que se pueden acomodar como pasamontañas. Sí, sí, ya que me lo pregunta, son invento de un ingenioso productor local. Un par de pares de medias, guantes o mitones, ojotas, zapatillas, borceguíes.

Asegúrese que todas las prendas sean fáciles de sacar y poner, deberá hacerlo varias veces al día y en cualquier lugar. Le conviene practicar como si estuviera en un colectivo lleno, para poner un ejemplo. Lleve siempre una mochila con suficiente espacio para guardar las prendas que se saca ante un inminente golpe de calor, y con rápido acceso para volvérselas a poner, no vaya a pescarse un resfriado.

Si desea llevar paraguas, se han diseñado unos especiales adaptados a nuestro clima, con hélice y timón. Le conviene usar uno de esos para ganarle al viento.

Ahora sí, ¡que disfrute su día en La Feliz!

**No tengo que decirle mentiroso.
Lo reconozco con sólo mirar su larga nariz**

María Silvia Olveiro

El maderero le daba órdenes pero él no obedecía. Corría a la playa para jugar y allí solo dos lobos marinos lo vigilaban. Hacía pozos y construía castillos. No vio que la marea subía. Una ola se acercaba y otra vez se alejaba pero el ritmo continuaba. Una gran cresta venía amenazante. No la vio. Lo arrolló y arrastró mar adentro. Flotando sobre el agua, veía cómo la ciudad se alejaba y nada podía hacer para regresar.

Los niños de madera deben respetar las órdenes de su padre carpintero.

Un aplauso para el perdedor

Ian Roubicek

En las latitudes balnearias los pibes se pierden de cara al viento. No hay experimentos científicos que lo demuestren pero cualquier baqueano costero lo va a certificar: el pibe toma rumbo con el viento en la cara para dirigir su vocación de perdición.

Todavía no se inventó el GPS que reemplace al aplauso playero para encontrar al dueño del pibe extraviado. La situación comienza cuando aquel niño ya bien perdido, llora solo y desconsolado hasta que algún ciudadano comprometido se acerca a preguntarle qué pasa. El niño, entre llantos, mocos y graznidos, no puede decir ni su nombre, ni con quién vino a la playa, ni cuantos años tiene, ni cómo llegó desde Córdoba a La Feliz. Igualmente, sin el menor dato filiatorio, el ciudadano comprometido se monta al niño a caballito y comienza a caminar al son de un aplauso sostenido, que se va contagiando entre los eventuales participantes de la comitiva a cada paso más numerosa. Y, por qué no, de los turistas vecinos que observan el espectáculo circense y acompañan con palmas desde sus reposeras.

Tres balnearios más allá aparecerá un progenitor también llorante que recibirá al niño con un abrazo y un chirlo. Porque no hay peor dolor que perder un pibe y no poder imputarlo como responsable, siendo que uno es participe necesario. El padre angustiado y feliz siempre olvida agradecer a los esforzados aplaudidores.

Por un pelito

Fabián André

La angustia con la que viví los últimos años no se la deseo a nadie. Ni a mi peor enemigo, como se suele decir. Me habían llegado rumores de que había otras que estaban en una situación parecida. Pero parecida no es igual. Así que me relajé. Me dejé estar. Tampoco sabía a quién recurrir. Hasta que llegó el día en el que los rumores se hicieron realidad. Entré en pánico. Pero no sé gracias a quién logré salvar mi vida. Por un pelito me salvé de que me demolieran y me convirtieran en unos simples escombros. A partir de entonces, meses y meses de mucho nerviosismo pasé. Mis vecinas se lo pueden confirmar. Hablen con ellas.

¿Deshacerse de mí? Que no suene a soberbia, pero, por favor, miren lo que soy. Bueno, en realidad mejor dicho habría que ver lo que fui: una de las reinas del barrio, y digo “una de las” porque acá casi todas lo éramos. Miren hacia la otra esquina. Sí, hacia allí. Otro estilo, no hace falta que se los aclare, pero qué jardín, qué materiales de primera calidad, qué terminaciones. Aunque en lo de las terminaciones creo, cómo podría decirlo sin que mi amiga se ofenda: tengo mejores líneas, se observa que más detallistas estuvieron en mi creación. Y no hablemos de la que está a la vuelta. ¡Qué época! ¡Cómo se construía!

Es verdad que una mano de pintura y algunos arreglos no me venían mal, como un lifting, digamos. Pero no me imaginé que llegarían a tanto. Eso sí, hay algo por lo que todavía me siento orgullosa: la piedra para exteriores que usaron. Es que la piedra Mar del Plata es de lo mejor. Y qué vistosa. Apenas un sopleteado le dieron y listo,

gran parte de la fachada en todo su esplendor. Mi intención no es aburrirlos, por eso no voy a entrar en detalles contando todo lo que fui escuchando mientras pasaban los días porque no viene al caso, pero eso sí, si había algo que no dejaban de hacer era medirme, me medían por todas partes. Hasta que finalmente empezaron a retocarme, bastante como ya dije hace un ratito. Lo más terrible en principio me parece que hay algo que todavía no he podido superar y no creo que pueda hacerlo. Y es que desde mi balconcito se podía ver el mar y ahora eso ya no sucede. ¿El motivo? Es que pegadito, muy pegadito a mí, casi asfixiándome, construyeron el famoso edificio del que tanto hablaban. Más de siete pisos tiene el señor, qué bárbaro. ¿Para qué tan alto? Y encima todo del mismo color. Imperdonable, flojos de presupuesto estaban. Y como si fuéramos pocos, adelante hicieron una pileta, piletita digamos la verdad, que supongo que será de adorno, porque, sin desmerecerla, qué chiquita que es. En fin, lo único que sé es que ahora soy una casa con amenities. Eso dicen todos los que entran en mi ex comedor: acá estarán los amenities. Suena interesante la propuesta, pero a decir verdad y, esto entre nosotros, no termino de aceptar este cambio. Aunque hay algo que no puedo dejar de reconocer y es que me veo más joven. Qué contradictoria estoy. Seguramente entre tanta gente que venga a disfrutar de los famosos amenities aparezca un psicólogo con quien pueda conversar y rever mi nueva realidad. De algo sí estoy segura y es que voy por un segundo reinado, pero necesito prepararme. Un poquito, tampoco tanto.

Bajo la rambla

Amalia Rojas

Esa tarde de primavera Gabriela y Federico llegaron a la costa más temprano de lo que pensaban, para asistir a la inauguración del monumento a Florentino Ameghino. Como había un sol tan lindo decidieron ir a caminar por la rambla. Estacionaron el Ford A cerca y caminaron plácidamente protegidos del sol por sus elegantes sombreros. Ella llevaba un vestido con lunares, un sombrero campana y unas guillerminas caladas. Él vestía un traje claro cruzado y usaba el típico sombrero rancho.

- Que día tan precioso - dijo Gabriela-, lástima que a Gabrielita no la podemos traer todavía.

- Sí, ya la extraño, por suerte tus padres podían cuidarla. Hace mucho que no veníamos por acá - dijo Federico-. Pronto los edificios altos van a tapar todo el sol, y va a hacer frío más temprano que de costumbre.

- ¡No seas exagerado! ¡No son tan altos ni tantos edificios! ¿Podríamos sentarnos a tomar un té con masitas en la confitería?

- Yo preferiría unas rabas con una birra, hay un lugar donde vi un cartel que estaba muy barato.

- ¿Acá en la rambla? ¿Un cartel de publicidad? ¡Qué extraño!

- Sí, sí, caminemos un poco y lo vamos a encontrar detrás del edificio anaranjado, ese que tiene muchos graffitis, había una mariposa multicolor hermosa.

- ¿Anaranjado Federico? Si estos edificios son blancos y nadie se atrevería a pintarlos. Qué belleza el sonido de las olas y el piar de las gaviotas.

- Yo extraño la cumbia y los gritos de los pibes. ¿Por qué no nos sacamos una selfie?

Él busca en sus bolsillos y no encuentra lo que buscaba.

- ¡Ah, me olvidé el celular en el auto!

Ella lo mira con una cara mezcla de asombro y preocupación.

- Pero que cosas locas decís hoy. Después llévame a Tienda Los Gallegos, quiero comprar unos zapatitos para Raulito.

- ¿Vamos al Paseo Aldrey?

- ¿Ese es nuevo? ¿Dónde está?

- En donde era la terminal. ¿Querés ir a ver unas alpargatas de jean Kickers que venden ahí enfrente?

- ¿Acá en la calle? Jamás vi que vendieran algo en la rambla. Federico dejó de decir pavadas. A ver ¿Qué hora es? Que no se nos pase la hora de la inauguración. Me encantó como quedó el rostro de Ameghino ensamblado en la piedra.

- ¡Mmmm se me paró el reloj!

Federico le da cuerda tres veces a su reloj y ahí vuelve otra vez al 20 de octubre de 2016. Esta sentado en su carrito de pochoclos y copos de algodón de 3 colores, con su guardapolvo blanco, el edificio naranja, Gilda con sus canciones y los chicos de todo el país que vinieron a los Evita disfrutando el día. Gabriela tan linda como en 1936 pero de calzas fucsia, remera ajustada amarilla y sin sombrero.

- ¿Quieres un mate Fede? ¿Qué pasa que miras tanto todo? -dijo Gaby- ¡Vos siempre soñando!

Ese sabor a sal

María Silvia Oliveros

Paseaba para distraer mi alma por las veredas altas que bordean la costa. Senderos y escalones entre el verde inclinado, a lo lejos la línea del horizonte marcada en el mar. Viniendo de una infancia en la linda ciudad de Salta, enclavada entre las altas montañas nevadas con verdes valles y profundas quebradas de ríos bravíos y cielos azules, el mar me asombra. Esa extensión de agua tan inmensa. El contraste es admirable. La Creación no deja de sorprenderme aun cuando la vea mil veces.

Llegando a Playa Grande camino por una saliente de rocas que se interna en el agua y me pongo a observar. La placidez del mar se rompe contra las duras rocas de la costa marplatense. Estalla el agua en esponjosa espuma que salta en gotas por el aire y se mete blanca y veloz por las grietas oscuras formando brillantes lagos que, de a poco, se van deslizando en reverso para juntarse otra vez en las resacas de las olas, para otra vez volverse a elevar con fuerza, para otra vez golpear.

Nostalgias y realidades se reflejan en mis sentimientos.

Mis labios sienten ese sabor a sal.

Llevo en mi corazón la nostalgia de mi tierra natal. Añoro sentarme en el banco de la plaza y respirar esos aires. Extraño tanto esa sensación de pertenencia. Recuerdo de los quince años, la calma de la gente, el hablar melodioso, largas calles, muchas plazas y muchas iglesias con torres de campanas que repican sonidos armoniosos. Naranjos que florecen en azahares de perfumes embriagantes en primaveras tibias y perfumes de albahaca, al llegar los carnavales con agua, y los soleados mediodías de

invierno comiendo mandarinas en la galería mientras preparamos las tareas del colegio. El colegio, mis compañeras, mis amigas, todas vestidas de azul, nuestras charlas. Mi padre buscándome a la salida. Me compró una valija roja para encontrarme más fácil. La mesa servida para la familia en esa casa de esa esquina.

Saber que el mar que miro ahora, con su movimiento de avance y retroceso al ritmo de la luna, es el mismo mar que cautivó a mis padres tanto como para dejar las montañas y traer la familia a esta pujante ciudad.

Ese desarraigo significó muchos años de adaptación a los largos inviernos de brisa húmeda y fría. Otro colegio, otras compañeras que bien me recibieron y les gustaba escucharme hablar, sus modalidades de descendencias latinas chocaban con mis pausados modales y mis actitudes más serenas. ¡Añoraba tanto las antiguas tradiciones y las arraigadas tonalidades melódicas del lenguaje más español y solemne!

Si bien de a poco fui dejando todo eso, adquirí aquí la soltura de esta ciudad, poblada por gente de diversos orígenes y de aceptación de tan disímiles modalidades de vida. Me dio libertad de pensamiento y razonamiento más ágil al elegir los caminos a recorrer.

Y aquí estoy, sentada en una roca frente al mar, después de 60 años de admirarlo y recordar el deseo romántico de mi madre de venirse a Mar del Plata, de esperar con un chal sobre los hombros la visita de sus nietos. Así fue y ahora ellos, ya adultos, me visitan a mí y me traen de regalo un hermoso chal para cubrir también mis hombros.

Nostalgias y realidades.

Si giro hacia atrás la veo: Mar del Plata. Tan atractiva desde que Juan de Garay la describiera como “una muy galana costa” con sierras y praderas que bañan el mar. Ponderada como “Perla del Atlántico” o “Ciudad feliz”. Todos los elogios son pocos, con un suspiro sigo sintiendo el deseo de vivir aquí, tratando de ser feliz, donde mis labios sienten...ese sabor a sal.

Terminal

Rocío Belén Suárez

Los que llegan. Los que se van. Los que están de vacaciones, los que están de trampa, los viajeros de negocios. Los conocemos a todos y a ninguno en particular. En las terminales las personas son anónimas, apenas son instantes. Nosotros, los techo amarillo, los vemos desfilan día tras día, sin siquiera distinguirlos: las jornadas de verano se parecen tanto entre sí que a veces hasta olvidamos qué día es.

Pero ese 10 de febrero quedará en nuestra memoria. Llovía esa mañana y yo estaba primero en la fila cuando sucedió todo.

- Otra vez lluvia, viejo. Nunca un verano como la gente - se quejaba Alfredo. Nos habíamos bajado del taxi para compartir un cigarrillo. Yo estaba detrás suyo en la fila, él era el tercero. Aprovechamos ese tranquilo impasse: la lluvia había amainado y faltaban diez minutos para que llegara el siguiente colectivo.

- Vino bastante gente igual, ¿no te parece? - le pregunté.

- Sí, pero viste cómo es esto. La gente viene pero no gasta un sope. ¡Todo el día en la playa!

- ¡Y qué querés, Alfredo! ¡Con esta malaria!

- Mirá Sergio, si yo tuviera un mango me iría a Brasil, o a algún lugar más lindo.

¡Mirá que vas a venir de vacaciones a Mar del Plata! ¿A qué? A cagarte de frío y hacer cola en todos lados, dejá de hinchar.

El comentario de Alfredo me hizo reír. Es la clase de personas que siempre dice lo que todos piensan pero que en general nadie dice en voz alta.

- Qué sé yo, tenés razón. Los turistas están todos locos.

Terminamos el cigarrillo antes de que empezara a salir la gente. Alfredo se metió rápido en el auto porque habían empezado a caer gotas de nuevo, pero yo me quedé afuera unos minutos más, saboreando el aire húmedo y dejando que la lluvia me salpicara la cara. Hacía frío a pesar de la época y la garúa era helada, pero yo cerré los ojos mientras recordaba los años viajando, antes de los hijos, y de la enfermedad de la vieja, y de la casa, y de la vuelta a la ciudad natal de la que siempre había querido huir.

- ¡Sergio! ¡Despertate de una vez que están saliendo! -me gritó Oscar desde atrás.

Me apuré a subir al coche justo cuando una pareja de veinteañeros con mochilas se subía al auto de Alfredo. No les importaba la lluvia ni el frío; estaban juntos y no paraban de reír. Mientras adelantaba el coche al primer lugar de la fila, ella salió de la terminal. Era una mujer imponente, alta y blanca como la nieve, de unos 50 años. Llevaba un tapado de piel y un sombrero: parecía salida de una película de época. No llevaba equipaje, apenas una cartera pequeña colgaba sobre su hombro. Caminaba con una elegancia llamativa, mientras se acercaba al coche. Abrió la puerta con seguridad y se sentó en la parte trasera sin decir nada.

- ¿A dónde la llevo? - le pregunté con cierta timidez. Había logrado intimidarme.

- ¿A qué hora termina de trabajar? - preguntó en vez de darme una indicación.

- A las 5 - respondí mansamente.

- Excelente, entonces tenemos tiempo. Hoy puede que sea su única pasajera -y mientras se quitaba el abrigo y se acomodaba, me dio la dirección de un hotel.

-¿Sabe cuándo fue la primera vez que vine a Mar del Plata? -me preguntó de repente, después de varios minutos de silencio sepulcral. Siguió hablando sin esperar mi respuesta- En agosto del 91. Paré en el hotel al que estamos yendo. Llegué de madrugada, hacía un frío de cementerio y yo no podía dormir, así que me puse a leer al lado de la ventana. Cuando miré para afuera, estaba nevando.

- ¡Ah! ¡Esa nevada! Yo no la vi. Todavía vivía en España en esa época.

Ella asintió vagamente con la mirada perdida en el paisaje. No pareció haber prestado atención a mi respuesta, así que volvimos a sumirnos en el silencio.

- Pensar que vine a Mar del Plata buscando un amor... y al final, me enamoré del mar -reflexionó mientras pasábamos por la costa. Yo seguí manejando sin responder, pero no pareció importarle.

Después de pasar unos diez minutos dentro del hotel, volvió a subirse al coche.

- Vamos a Acantilados ahora.

- ¿A Acantilados? -repetí, sorprendido. Era un viaje largo desde donde estábamos.

- Sí, a Acantilados -aseguró sin inmutarse.

Y fuimos.

- ¿Le molesta si fumo? -preguntó al rato. Le dije que no, aunque me molestaba. Nunca fumo arriba del coche, por el olor. Pero ella me generaba un magnetismo difícil de explicar: no podía decirle que no. Así que bajé mi propia ventanilla y fumé yo también.

-La primera vez que di un beso frente al mar fue distinto a todo. Nuestras lenguas sabían a sal y a arena, y el rugido de las olas se mezclaba con las explosiones que sentía dentro de mi cuerpo. De a ratos, el viento soplaba tan fuerte que sentía que íbamos a salir volando.

Estábamos sentados mirando al mar en Acantilados, cada uno con un cigarrillo en la

mano. Me había pedido que bajara y la acompañara a ver el mar. Mientras observaba el océano, me pregunté cuántos besos salados había dado en mi vida, y qué poca atención les había prestado. ¿Cuántos fueron? ¿Alguno me hizo sentir explosiones dentro del cuerpo? Ella interrumpió mis pensamientos:

- Lo que más me gusta de este paisaje es la sensación de inmensidad. Me recuerda que somos chiquitos y que valemos menos de lo que pensamos.

- Yo siempre me quise ir de esta ciudad porque me sentía encerrado. Y al final, terminé volviendo -respondí, más para mí mismo que para ella.

- Uno siempre vuelve a los viejos sitios donde amó la vida -comenzó a cantar. Su voz era angelical, y por un momento creí que se había convertido en pájaro y que me silbaba al oído cada uno de los versos de la canción- ... Por eso muchacho, no partas ahora soñando el regreso, que el amor es simple y a las cosas simples se las devora el tiempo...

Después de una pausa, me miró y me regaló una sonrisa. Y yo se la devolví, mientras la llovizna se confundía con mis lágrimas.

Seguimos recorriendo la ciudad de punta a punta. Pasamos por La casa del puente, la Villa Victoria, el puerto y hasta fuimos al arroyito de La Florida. A medida que pasaban las horas me fui acostumbrando a sus reflexiones aleatorias, a su voz dulce y a la forma en la que fumaba. Supe que había venido a la ciudad muchas veces a lo largo de su vida, y que en cada viaje se llevaba un nuevo lugar; lugares a los que ahora estábamos volviendo. En cada sitio ella tenía una historia que contar, y aunque el viaje al principio parecía no tener sentido, empecé a pensar que el recorrido al que me estaba llevando era cronológico. Estábamos atravesando Mar del Plata en el orden en que ella la había conocido.

En la mayoría de las paradas, me invitaba a bajar con ella, y yo la seguía, pues en esos momentos era cuando más hablaba y yo solo quería escucharla. Sin embargo, en algunos sitios bajaba sola y volvía con el rostro compungido. De a ratos, la espiaba por el retrovisor. Tenía los ojos de un color azul intenso, y llegué a creer que tal vez habían adoptado ese color de tanto mirar el mar. Debajo, unas ojeras oscuras eran lo único que hacía ruido en su delicado rostro. Seguía intimidándome, tenía la personalidad de las personas que siempre consiguen lo que quieren; sin embargo, cuando se quedaba callada y con la vista perdida, se notaba frágil, como una porcelana a punto de romperse.

- Vamos a los lobos -me dijo luego de muchas horas.

- Ahí no la voy a poder acompañar, va a ser difícil encontrar dónde dejar el auto.

- Estacione en cualquier lado y caminamos. Es la última parada y volvemos a la terminal -miró la hora en un delicado reloj de pulsera-. En una hora sale el micro de regreso.

Hice lo que me pedía, por supuesto. Caminamos por la rambla y nos sentamos a contemplar el mar, justo en el medio de los dos lobos.

- Qué ciudad bonita Mar del Plata. Gracias por acompañarme hoy.

Di una fuerte calada al cigarrillo que tenía en las manos, juntando el coraje suficiente para hacer la pregunta que había estado haciéndome todo el día. Finalmente, me animé:

- ¿A qué vino?

Ella se rió mucho, como si le hubiera contado un chiste. Luego me miró directo a los ojos, con cara aún risueña y me contestó:

- ¿Cómo? ¿Todavía no se dio cuenta? -volvió a reírse y echó una mirada al mar-
Volvamos, que se hace tarde.

Volvimos a la terminal. Yo hacía rato que tenía el contador apagado, y no me importaba. No hablamos en todo el camino, sentía una angustia en el pecho, algo parecido a la nostalgia que se siente en las noches de invierno.

Cuando llegamos, escuché de lejos la voz de Alfredo, que me sonó como parte de otro mundo:

- ¡Mirá quién volvió, Oscar! ¿Dónde habrá estado metido?

La mujer me dio dinero. Demasiado dinero.

- Esto es mucho.

- No importa. Lo que usted me regaló hoy no tiene precio.

Se bajó del auto, no supe qué hacer y me bajé tras ella. Llovía, hacía más frío que antes. Mientras se alejaba volví a gritarle, un poco desesperado, como si todo lo que importara en el mundo dependiera de esa respuesta:

- ¿A qué vino?

Su voz dulce llegó a mis oídos con claridad, aunque nunca se dio vuelta para responderme:

- ¿De verdad todavía no se dio cuenta?

De repente, un viento helado me atravesó todo el cuerpo. Comencé a tiritar, la temperatura parecía haberse desplomado. Entonces pasó algo que nunca nadie que haya estado en Mar del Plata ese día olvidará. Las gotas de lluvia se convirtieron en nieve.

Miré al cielo para ver si era real, y sentí los copos depositándose con suavidad en mis mejillas. Cuando volví la vista, ella ya no estaba. Entré a la terminal, corrí, revisé todos los andenes, pero no la vi.

Entonces sí me di cuenta.

Salí caminando despacio. La nieve se acumulaba ante el asombro de todos, las lágrimas se congelaban en mi rostro. Volví al taxi a esperar.

Los lobos marinos ¿eran de piedra?

Sara Noemí Mendiara

Siempre que vino a Mar del Plata le sacaron varias fotos con unos lobos marinos que parecían de piedra. Helenita solía abrazarlos, los tocaba, los acariciaba, sentía esa rugosidad que terminaba gustándole, y muchas veces los besaba. Corría, subía y bajaba, se caía y por allá se iban papá y mamá.

Hoy vamos a ir a pasear en una barca, vamos al puerto, dijo la última vez el papá. Qué contenta estaba Helenita, por fin algo distinto. Quería ver peces, tiburones y mucha, mucha agua. Quería ver al mar enojado.

¡Qué sorpresa! Cuando llegaron al puerto también había estatuas ¡Muchas estatuas! Ya las conocía, solo que no eran grises. Lucían más lindas, suaves, marrones y ¿saben? Una de las estatuas se acercó, le dio unas palmaditas con su aleta, arrimó su gran hocico y la besó.

Helenita se sintió muy contenta. Por fin, ¡la estatua la besaba a ella!

Médano

Eugenio Herrera

¿Por qué le atraía tanto? ¿Sería la esperanza de que pudiera germinar algo en un suelo tan austero, indeciso, inestable e impredecible? Pero qué tibio y acogedor cuando los efímeros cristales resistiéndose a abandonar su cuerpo hacían que la brisa creara un distancia abismal entre estar de pie, o extendido procurando el mayor contacto con la abrasadora radiación.

Absorbe energía, reserva y regala. Tal vez demasiado cuando no alcanza con alternar los pies con la mayor celeridad posible, y urge refugiarlos cual almejas.

Se hace sentimiento el recuerdo, y digo ya fascinación más que atracción. ¿Es que todos los niños quedarán así de embelesados ante aquella experiencia? No sé. No creo.

Tan iguales, tan uno solo todos, pero qué distintos cuando estar en ese otro tiempo lo permitía. Sus pequeños trocitos, estando él sin saberlo en una meditación envidiable para el más experimentado zen, comenzaban a tomar cada uno su propia forma, y pasaban a ser muy grandes unos en contraste con otros.

Pero definitivamente cuando el éxtasis de la admiración me colmaba, o más bien a aquel pequeño turista, era cuando aparecía ante sus ojos, con su estado tan crítico y endeble, como fuerte y eterno, aquel yuyito en la cima, tan único como igual a los de cuantos pueblos. Pero no, no. Este no era igual. Este medanito con su yuyito tenía lo suyo.

Güemes

Rocío Ruiz

Nunca lo había podido evitar. No importaba qué tanto luchara contra el impulso. Siempre terminaba llegando allí. Podrían ser los herrajes con forma de hiedra que me enredaban, o los vitrales en colores verdes y azules que me encandilaban y me obligaban a ir a Güemes. Iba más allá de mí. Inventaba cualquier pretexto para pasar por la casa. Les creaba a mis amigos tontas excusas con tal de caminar por la vereda de enfrente y ver cómo las hojas de abedules se confundían con el verde de las cerámicas de las ventanas.

Mis amigos se reían. Me decían que me dejara de hacer la histriónica. Sí, eso, justo. Ellos, los que siempre habían vivido en un chalet de cuatro ambientes con dependencia. Ni sabían lo que era subsistir en un monoambiente, cuya única vista daba a un patio interno. Estúpido pulmón de edificio con su piso lleno de colillas de cigarrillo del energúmeno del quinto.

Ver esa casa a lo largo de los años era un respiro, poner un paréntesis a lo cotidiano, oxigenarme de art nouveau y secesión vienesa. Perderme entre esos contrastes de piedra, ladrillo y tejas era la mejor de todas las exhalaciones.

Esa noche me habían dicho de ir a cenar a la terminal vieja. Me desvié del camino para ir a apreciar la casa. La observé como siempre: el altillo, el primer piso, la planta baja. Pero esta vez fue diferente.

Detuve la mirada en la puerta. No miré la madera de roble y los detalles de los herrajes que conocía de memoria. Me di cuenta de que la luz del interior estaba encendida.

Mar del Plata cuenta su historia

Siempre me había preguntado quién vivía allí. Si una familia entera o una persona solitaria. Si había más hombres o mujeres. Y el dueño ¿cómo era? ¿Una persona mayor o joven? ¿Cómo había adquirido la casa? ¿Por herencia? ¿La habría comprado? ¿Fue el esfuerzo de toda su vida?

No lo soporté más y toqué el timbre.

La Perla

Amalia Rojas

Los perros Terranova salvavidas dormían al sol esperando el momento de rescatar a algún nadador imprudente. Alejandra disfrutaba nadar y caminar sin prisa en las playas de La Perla, le atraía la variación de colores impredecible. Caminaba Mar del Plata todo el año, con la ropa adecuada superaba el clima invernal, nada la detenía.

En el verano aprovechaba la playa igual que los turistas, trabajaba por las mañanas y por las tardes tomaba sol con sus amigas. El mar tenía muchos misterios, las olas tapaban y descubrían secretos. Ella siempre descubría tesoros. Las olas le traían caracoles, piedras, bichos y algún zapato. ¿Dónde quedó el zapato de Alfonsina? ¿Lo tendrá algún pulpo o un caballito de mar? A veces se ponía triste, no entendía cómo alguien que escribió tan bellos poemas pudo terminar su vida así. Imaginaba cuantas cosas terribles podían pasar. En el maremoto de sus pensamientos descubrió una lucecita que brillaba y le devolvió la calma. Encontró algo dorado dentro de un terrón de arena. Disimuladamente lo metió en su mochila. Cuando el sol se escondió entre los edificios decidió que era hora de volver. Quería llegar pronto a limpiar su objeto brillante. En su casa guardaba frascos llenos de caracoles, macetas con piedras y un cajón con cosas que había recolectado en la arena, las usaría en una obra de arte. Todos sus objetos tenían valor, pero este le pareció especial. Era un anillo de oro, bastante pesado, con las iniciales M.A.R. y un escudo que desconocía. Mónica Alejandra Ramos, pensó, el mar puso este regalo en mis manos, la conexión que existe entre nosotros es real y no solo por nuestros nombres. Tenía que encontrarle algún significado. Primero recurrió a lo que tenía más cerca, internet. Googleó pero no pudo develar el símbolo. Fue a los locales

de antigüedades y compra-venta de oro de enfrente del casino. En uno de los negocios le dijeron que era un símbolo masónico y en otro que era de la dinastía Ming. Fue a averiguar a la logia de la calle San Martín, pero nada. Su amigo Wu investigó y le dijo que no era ese el origen, ellos usaban los caracteres hanzi, ideogramas incomprensibles para ella. En la biblioteca tampoco encontró pruebas para ninguna de las dos hipótesis. Lo tomó como una señal, tal vez era un misterio indescifrable y eso lo hacía poderoso. Desde entonces lo tenía colgado de su cuello. Era su amuleto favorito, conservaba el poder de Neptuno.

Vintage

María de la Cal

¿Cómo fue que llegué acá? La vida da segundas oportunidades, la verdad. Yo estaba en la casa de mitad de cuadra. Era la preferida de Don Héctor, tomábamos el mate de la tarde en el jardín que daba a la calle. Hasta que un día se fue como dice el dicho “con las patitas para delante”. Ermelinda se quedó sola. Una tarde en que se escurrió por el pasillo lleno de plantas, secando una lágrima, como escondiéndose en el patio para no ver, cargaron muebles y ropa, entre otras cosas más en un camión de flete, y ella también se fue. Sin embargo no me llevó. Me dejaron sola, en el frente, como en penitencia, a la intemperie. Pasaban los días, la piel rojiza se me agrietaba, el óxido me rondaba como perro hambriento, sola no podía moverme. Me consolaba que desde ahí podía observar los movimientos del barrio, el tránsito, una zona bastante comercial. De la inmobiliaria de enfrente vinieron a colocar un cartel de Venta.

Me ilusioné un poco una tarde de domingo lluvioso, cuando una chica me sacó un par de fotos con su teléfono, a través del enrejado de alambre que nos separaba. Pero se fue.

Vi mi final inminente cuando se cambió el cartel de Se Vende a Vendido. El peor momento fue cuando arrancaron las puertas y ventanas dejando el esqueleto de la que había sido mi casa. Luego fue todo un vértigo: me rebolearon en un container entre restos de escombros, maderas, plantas arrancadas de cuajo. Creí quebrarme las piernas. Esa noche la vi a la chica venir por San Juan, se había bajado del 542. Se detuvo sorprendida ante la casa ahora terreno pelado. Lloviznaba, se dio vuelta y me vio entre el montón de cosas. Me tomó del respaldo y me trajo con ella. Le dijo a una amiga en un audio, “me encontré con la silla vintage.”

Barrio “La Florida” (Mar del Plata)

Sara Noemí Mendiara

Elegí para pintar el lugar donde vivo en Mar del Plata. Aquí llegamos, desde la ciudad capital, con mi esposo y nuestras dos hijitas pequeñas en el mes de octubre de 1983. Era la primera vez que veníamos a Mar del Plata, el barrio nos fascinó y nuestra casa estaba cerca de un arroyito. Me gustaría mucho, con un pequeño relato, retratar algunas vivencias que sin duda, podrían haber sido o ser en un futuro las vivencias de muchos.

El barrio se ha poblado tanto, pero aún hay espacios que quedaron congelados en el tiempo. Ahora hay más árboles, los de antes crecieron mucho y todo está más hermoso que en tiempos pasados.

Les mostraré tres fotos actuales, la primera la obtuve el jueves 29 de noviembre y las demás el miércoles 12 de diciembre de 2018. Estas tres fotos son estampas del presente y me transportarán al pasado y volveré a vivir situaciones con el recuerdo. ¡Qué placer comprobar que los hermosos entornos, aún hoy, están allí!

Primera estampa, primera historia, primavera de 1985. El puente peatonal y los chicos. Puente peatonal en Gregorio Vélez y Eusebione sobre el arroyo “La Tapera” ¹.

¹ Este hermoso barrio “La Florida” guarda en sus calles la historia de los comienzos de la aviación argentina. Las calles tienen mayormente el nombre de aviadores, militares y civiles. Aprendimos sobre ellos, nosotros y nuestros niños. La entrada que conduce a este puente está por la ruta 2, enfrente de la Base Aérea de Mar del Plata.

Antes, los niños podían jugar en muchas partes de la orilla del arroyo. Había una zona que les gustaba mucho y ellos la llamaban: “El arroyito de piedras”. Hoy, el puente que se muestra en la foto es igual que el de hace muchos ¡muchos años! Al mirar la foto, veo el puente que conduce a la amplia plaza pero en mis ojos se destaca el puente amarillo, desgastado y mi presente se funde con el pasado y se puebla con muchos felices recuerdos. Únicos momentos que este relato permitirá que perduren más allá de mí. Allí ya están mis niñas correteando, riendo...

Laurita y Pauli juegan con Mariana y con otros chicos del barrio.
¡Me gusta tanto escuchar esas ruidosas vocecitas!
Vocecitas que se unen al suave murmullo del arroyo.
Desde el puente amarillo las observo y me siento niña.
Una niña, otra niña, contemplando,
Las suaves y armoniosas idas y venidas
De madrecitas y renacuajos.
Ay... ¡Ay! ¡Muy asombrados los niños!
Todos en alerta y un poquito asustados,
Es que entre las piedritas grises y rojas asomó,
y se nos acerca coleteando un bigotudo
¡Un majestuoso y bigotudo bagre!

Todos tenían en una mano un colador y en la otra baldecitos de colores.
Yo tengo dos madrecitas.
Yo tengo tres renacuajos.

Laurita tenía, en su balde rojo, el imponente bagre, pero venía acompañado de muchos renacuajos. Bulliciosos, felices, todos entraron en casa con sus tesoros. Con mucha delicadeza, uno por vez, sumergimos a los pececitos en un pequeño recipiente y muy despacio los fuimos traspasando a nuestra linda y amplia pecera. Así comenzó la laboriosa tarea de cuidarlos. Cada día siguiente fue una aventura, los principales protagonistas fueron los renacuajos porque crecían con rapidez. Cuando se convirtieron en muy pequeñas ranitas, trepaban al puente de la pecera y luego se zambullían. Todos entendieron que estaban jugando como todos los niños.

Así, llegó el día que teníamos ranitas en la mesa, en el piso, por toda la sala. Los chicos con mucho cuidado las llevaron al estanque del jardín. ¡Qué día maravilloso!
¡Cuánto aprendieron los chicos viendo crecer a los renacuajos!

El General Gregorio Vélez era el Ministro de Guerra cuando se creó la Escuela de Aviación Militar en 1912. La Escuela constituyó el origen de la “Fuerza Aérea Argentina”. Lorenzo Eusebione fue un aviador civil.

Segunda estampa, segunda historia, julio de 1989. La vía del tren y los gauchos.

Vías del tren Mar del Plata–Buenos Aires, hoy la doble vía, sobre el arroyo “La Tapera”².

² Hoy, se accede a este puente caminando por las vías, desde la Plaza Andrés Chazarreta. No hemos encontrado caminos entre las casas. Podríamos llegar sin transitar por las vías desde el Barrio “Los Tilos”. Para llegar a la Plaza Andrés Chazarreta en auto, se debe entrar al Barrio desde la avenida Constitución. Antes de cruzar la barrera, está la calle Plus Ultra que conduce hacia la Plaza.

Ayer había una sola vía, un tipo de trenes. Hoy hay dos vías, otro tipo de trenes. El verde brillante y la pequeña sinuosa bajada hacia el arroyo despertaron mis recuerdos. Los domingos soleados íbamos a merendar y a ver pasar el tren de las cuatro y media, que iba hacia Buenos Aires. Extendíamos el mantel con animalitos cerca del arroyo pero en un lugar que nos permitía ver el campo y la vía que se perdía entre árboles y cielo.

¿Quién descubrirá primero el tren? ¡Pronto viene! ¡Faltan cinco minutos, atentos chicos! Luisito de pie alborotaba a Lauri, Paulita y a Ari.

Una vez, ese domingo soleado y hermoso fue el 9 de julio de 1989. A la mañana fuimos a la fiesta en la Escuela N° 67. Los chicos fueron gauchos y las nenas chinitas y bailaron malambos y chacareras.

Paulita, muy pensativa, nos preguntó:

Los gauchos, ¿fueron de verdad? ¿Existieron?

Luis, sabe mucho de historia y le explicó. Después, entusiasmado, Luis nos contó algunas historias o más bien aventuras de gauchos famosos. Y yo recordé al General Martín Güemes, les conté que en 1969 mis padres fueron a vivir muy cerca de la Plaza Guadalupe donde estaba la piedra fundamental de su futuro monumento, fue un militar patriota que había reclutado a muchos gauchos muy valientes.

¿Valientes como San Martín? preguntó Laurita.

- Justo -le respondí a Lauri- gracias a la acción de Martín Güemes y sus gauchos salteños, San Martín logró triunfar en la lucha por la Independencia. Luis les siguió explicando.

- ¡El...tren, el tren!, gritó Ari, señalando con su pequeña manito.

Las historias sobre gauchos quedaron esparcidas, detenidas o flotando en nuestras mentes. El paso del tren fue espectacular, saludamos a los pasajeros. Un momento de deleite compartido, casi eterno. Allí estábamos parados, mirando cómo desaparecía el ansiado, el esperado tren. Quedamos en silencio, aún las vibraciones del tren estaban en nosotros, preparé y merendamos pensativos, contentos. El cielo en nuestros ojos y el sol en la piel.

El mate iba y venía, con bizcochuelo de vainilla. De repente, como salidos de una de las historias de Luisito, un grupo de gauchos estaba por cruzar el arroyo. Los caballitos cabeceaban y se negaban a cruzar. Los gauchos tuvieron que bajarse, refrescarlos, darles de beber en sus manos, acariciarlos y ¡al fin! ¡Adelante!

Paulita, muy sorprendida, les preguntó si eran de verdad o disfrazados.

¡Sí! Somos de verdad, trabajamos en la Estancia “La Pastora”, vecina al aeropuerto y fuimos a la fiesta de la Patria que hicieron nuestros primos, por allá cerca del frigorífico.

¡Existen mami!

¿Ustedes también son muy valientes?

¡Por supuesto! Respondieron dos de ellos sonriendo.

Tercera estampa, tercera historia, 21 de enero de 2007. La puesta del sol y el cometa.

El atardecer desde la plaza Andrés Chazarreta.

Muchos vecinos suelen acercarse a ver las puestas de sol. Si se sube el terraplén por donde pasa el tren, el espectáculo es magnífico. Ese azul intenso del cielo aún iluminado por el sol me recordó un increíble día de enero de 2007. Nos habíamos acercado con Ari, nuestro hijo menor, a contemplar la puesta del sol como muchas veces lo hacíamos y estuvo allí inmutable un cometa. Lo vimos a simple vista tal como lo describían los

astrónomos y los aficionados. Era el cometa c/2006 P1 descubierto el 7 de agosto de 2006 por el astrónomo Robert H. McNaught usando un telescopio Schmidt en Australia. El período orbital alrededor del sol se estimó alrededor de los 92600 años terrestres por lo tanto nunca podríamos volver a verlo. Fue una experiencia única, ¡inolvidable! No lo pudimos fotografiar, no teníamos en ese momento una cámara apropiada. Encontré en internet una foto que lo muestra tal como lo vimos.

La casa

Silvia De Vito

Alberto no dejaba de maravillarse cada vez que se acercaba a los ventanales que rodeaban toda la casa. Amancio le había hecho el mejor regalo que un espíritu creativo y soñador como el suyo podría desear. Las copas de los árboles estaban a la altura de sus ojos y podía ver los pájaros en sus ramas. La casa, sostenida apenas por un arco, como haciendo equilibrio en el paisaje, se dejaba arrullar por el sonido del arroyo entre las piedras, ignorante de un destino impensado para tanta belleza.

Cuando se sentaba frente al piano las notas brotaban de sus dedos, mientras las teclas negras y blancas se hundían y elevaban. El entorno era tan inspirador que gracias a él pudo componer sus más diversas y extraordinarias piezas. La casa poseía algo especial, inexplicable, le transmitía calma.

Esa tarde giró sobre los talones y su mirada enfrentó la gran sala, más allá estaba el verde del follaje y el azul del cielo, extendió los brazos y su alma levanto vuelo.

Hoy, sola, abandonada, a merced de decisiones burocráticas, sus paredes lloran lo que fue y no volverá, pero aun así mantiene intacta su magia.

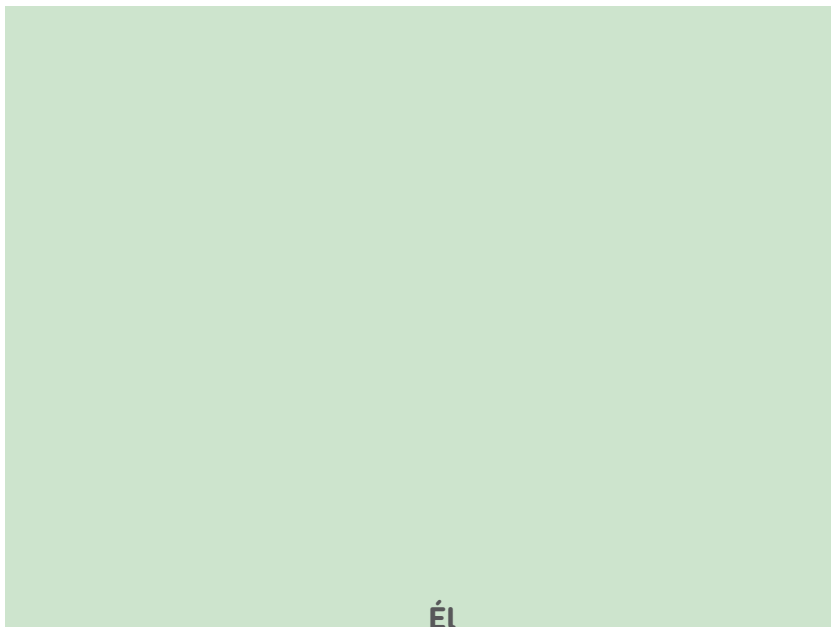
El teatro marplatense

Ian Roubicek

El acceso al teatro Auditorium siempre tuvo un penetrante olor a pis que contrasta con las escaleras gigantes y los cortinados señoriales de la sala. Todo es ampuloso: los techos altos, las puertas inmensas, el mármol, las butacas, las conchas que cuelgan del techo y que siempre pensé que se me iban a caer encima en medio de un concierto del Mozarteum. El hall es tan grande que hasta sirve para exposiciones y su imponencia señorial es de una época que no conocimos. Está frente al mar, con la mejor vista de Mar del Plata, pero como todo teatro, no tiene ni una sola ventana hacia ella. Porque el arte creado por el hombre no se puede mezclar con el de la naturaleza. Lo custodian dos pétreos lobos de mar y bróncico Almirante Brown de espada y sin barco.

Nosotros lo colonizamos desde la tierna infancia. Llegábamos regularmente una o dos veces por año con la escuela. Alguna actividad cultural organizada por un ministerio visionario, alguna película apropiada para los infantes estudiantiles o actos regulares propios de cada colegio, ya que lo alquilaban o cedían a las instituciones educativas. Pero todos llegamos. Todos pasamos. Todos lo llenamos arriba y abajo del escenario.

El Auditorium también tiene memoria, pero por sobre todo, tiene ese olor, que es parte del alma escénica infantil de todos los marplatenses que no aceptan que los espectáculos veraniegos quieran apropiarse de él. Entonces, ante el acecho estival, nos acercamos defensivos a marcar el territorio.



Él

Silvia De Vito

A simple vista parece una caja. Si le prestás atención en realidad son cuatro grandes cajas.

Los que se entretienen en buscarle defectos, los críticos de siempre, dicen que está lejos de la ciudad, a trasmano de todo, que es feo, aburrido, que es grandote al cuete ya que casi siempre sus salas están prácticamente vacías.

Y sí, grande es. Uno de los más grandes y modernos del país.

Sus módulos de hormigón, luminosos y flexibles, albergan en su interior las dimensiones espaciales necesarias como para que pueda exhibirse el tan controversial arte contemporáneo.

Cuando Marta le regaló su lobo dorado de alfajores, brilló con luz propia. A finales del verano un par de años después de su inauguración casi por casualidad, pasé a ser parte de su corta historia. Esta pertenencia me permitió conocerlo más íntimamente, descubrir lo que está oculto a los ojos del visitante.

Sus inmensos depósitos donde se preservan y protegen sus obras, el taller de montaje donde el vikingo crea y construye a pedido de los artistas y curadores, como si fuese un mago sacando maravillas de una gigantesca galera, el camarín Nacha que conduce al Auditorio, místico lugar elegido como nuestro punto de encuentro. Cada espacio se abrió ante mis ojos ávidos y curiosos manteniéndome en un permanente asombro. No dudé un instante cuando recibí la propuesta, él y su gente me abrían los brazos, me hacían parte. Desde entonces lo recorro, lo disfruto, lo comparto, lo muestro.

Visitado por millones. Admirado y odiado, se yergue impertérrito. Y desde el 2013 cambió para siempre la fisonomía de la costa.

La cama elástica

Ian Roubicek

Por supuesto que no había camas elásticas. Quizás en alguna competencia de atletismo, pero no estaban al alcance de la gente de a pie. Son un invento viejo pero se popularizaron en este siglo. A lo máximo que podíamos apelar en aquella época era a que las dos plazas de tus viejos fueran de resortes y no de madera, y que ellos te saquen unos minutos los ojos de encima para poder meter dos o tres mortales antes del inevitable “rajá de ahí”.

Pero existía un módulo oficial especialmente diseñado para saltos infantiles. A veces aparecía en la Plaza Mitre o en la España y era una gran atracción: la Caminata Lunar. Fue sin dudas el primer inflable que conocimos, y era techado. Parecía un semi globo con forma de Planetario, con ventanas de plástico que no dejaban ver bien en ningunos de los dos sentidos. Se entraba por una ranura y el piso era con montículos de lona inflada que no te dejaba hacer equilibrio. A la media hora de práctica podías intentar alguna acrobacia. Había una variante pasiva para los que quedaban agotados que consistía en quedarse tirado y rebotar al son de la onda expansiva de los saltos ajenos. Pero en general caminabas adentro como borracho. Aunque ese efecto no sé si era por el piso, por el sol que les pegaba de lleno, o el fuerte olor a pata que generaba la imposibilidad de usar calzado. La palabra claustrofobia se inventó dentro de una Caminata Lunar.

Un día distinto

Juan Ruiz

Domingo de fines de septiembre después del desayuno, saco el auto de la cochera con el propósito de comprar las pastas para el almuerzo. Subo al auto y me dirijo a la fábrica de pastas de siempre, el viaje me lleva pocos minutos. Bajo del auto a unos 40 metros del comercio pensando en la elección de la pasta a comprar y observo fugazmente que, del lado izquierdo y a poca distancia viene una pareja de jóvenes y se dirige al mismo comercio. Entran casi al mismo tiempo que yo. Observo algo extraño en la conducta de la pareja, no le presto más atención.

Haciendo caso omiso del orden de los clientes, el joven se adelanta y solicita a la vendedora un tipo de pastas. Los demás clientes parecen percibir que la situación se enrarece y observo gestos de sorpresa. Pocos minutos después, en el lugar se percibe cierta tensión. Luego, el joven saca de su ropa un revólver y apunta a los presentes. Nos exige que entreguemos el dinero que llevamos y se dirige a la cajera. Pretende apoderarse de lo ingresado hasta ese momento. Mientras la joven que lo acompaña (luego supe que era menor de edad) hace lo mismo con otros de los clientes. En tanto se ubica cerca y por detrás de donde estoy, no puedo ver sus rasgos faciales y otros aspectos de su persona. En esos instantes, sensaciones encontradas se entrecruzan pero, como todos, logro mantener la calma. Estamos ante jóvenes con signos de desequilibrio que portan un arma.

Lo que sucede seguidamente profundiza mi estado de angustia y la experiencia se torna inequívocamente por demás opuesta y lejana de las imaginadas al salir de casa. El primer intento de fuga que la pareja realiza con el auto de uno de los clientes se trunca.

El auto tiene caja automática y no pueden poner en marcha el vehículo. Más nervioso el joven, reingresa al comercio y arrebató las llaves de mi auto que permanecían en mi mano y se dan a la fuga por calle San Juan en dirección a la avenida Constitución. Comienza a llover suavemente, el cielo está gris y me cuesta recuperarme de semejante situación. Algunos clientes salen a la vereda.

Desde el local se comunican con la policía y en pocos minutos llega un móvil. Los agentes toman conocimiento de lo sucedido y salen con el objetivo de encontrar el auto. El contacto conmigo se centra en el modelo de auto secuestrado por los jóvenes delincuentes. Uno de los vendedores me traslada a mi domicilio, y me sugiere que radique la denuncia del caso. La lluvia aumenta, acompañada del viento, y el cielo se torna cada vez más gris.

Pasar factura

Ian Roubicek

Las facturas de Mar del Plata no se pueden comprar de a una, ni de a cinco, ni de a diez. Mi viejo insiste en que el sistema duodecimal es mucho más lógico porque doce es divisible por dos, por tres, por cuatro y por seis. Tiene argumentos de matemático. Pero el resto de los mortales seguimos pensando en redondo cuando termina en cero o cinco, y reservamos el duodecimal para las facturas y para los huevos.

El olor de nuestras facturas se percibe desde más de 300 km. Y aunque es cierto que en Chascomús puedes tener un anticipo, recién cuando cruzas el acceso a la ciudad se te hace agua la boca.

Las hay minis, las hay regulares, las hay con dulce de leche o crema pastelera. Y hay mil teorías de por qué son las más ricas del mundo: que el agua de mar, que el clima, que los maestros pasteleros. Secretos del Templado Oceánico.

Pero cuando un marplatense sale al mundo tiene miedo de pedir un café con leche con tres medialunas porque sabe que se puede clavar con una masa seca con sabor a Río de la Plata. Los brasileños te lo arreglan fácil reemplazándolas con frutas y huevo revuelto. Pero los porteños, madre mía, qué difícil que tienen la remontada del desayuno. La tostada de pan viejo debería ser su desayuno oficial, ya que a la pastelería fina de panadería de barrio vienen pifiándole desde hace años.

Los huevos son los doce iguales y no hay nada para elegir, pero las facturas permiten usar los dividendos. Si bien elijo de dos en dos siempre llego a la docena. Pero nunca me acuerdo cuántas van mientras voy eligiendo, y cuando no sé cómo terminar agrego hasta tortas negras, mientras sean marplatenses.

Recién lo notamos cuando hay que agregar un agujerito al cinturón. Mar del Plata siempre pasa factura.

FIN